

honorario de muchas sociedades científicas y ha recibido distinciones entre las cuales puede destacarse el premio Charles L. Mayer de la Academia Nacional de Ciencias de los Estados Unidos, por sus investigaciones sobre el cáncer.

Señoras y señores, la humanidad, como lo expresó Blas Pascal, uno de los más profundos pensadores del siglo xvii, es comparable a un solo hombre, que tendría una vida eterna y podría educarse acumulando conocimientos, libre de limitaciones en el tiempo. La ciencia se revela por consiguiente, a través de los siglos de la historia, como suprema educadora, y sus cultores como los representantes, en el tiempo, de esa maestra virtualmente eterna.

No cabe duda que Pascal tenía, en lo esencial, razón. Fueron las lecciones de la gran educadora las que condujeron a la humanidad fuera de la caverna ancestral, logrando en los últimos cuatro siglos (desde los comienzos de la etapa experimental del conocimiento) modificar completamente las condiciones misma de la vida en este planeta.

Pascal no había previsto, ni podía prever, que en los decenios recién transcurridos la humanidad se convertiría en una alumna demasiado hábil y forjaría con los

conocimientos adquiridos tremendos instrumentos de destrucción, de suma peligrosidad en una época como la nuestra. Sin embargo, nos parece fundada la esperanza de que terminará por prevalecer ese otro aspecto de las lecciones de la gran educadora, que Pascal no conoció: el espíritu de las recientes teorías generales de la ciencia, resultado de su creciente capacidad para formular generalizaciones cada vez más comprensivas. Es así como, por ejemplo, la biología general está en camino de integrar la selección darwiniana y la selección lamarckiana, en una teoría unificada de la evolución. Creemos que no es muy aventurado esperar que este espíritu capaz de reunir polos opuestos y que emana de las síntesis conciliadoras de las teorías científicas, será el guía de la humanidad en el camino del futuro. Hacia este ideal, Alejandro Lipschutz ha hecho su contribución y la ha hecho con excelencia.

Rodeado del respeto, la admiración y el reconocimiento de sus discípulos y amigos, sigue con su espíritu joven y alerta al progreso científico. Es raro privilegio el rendir homenaje a maestros de tan excepcional calidad humana y científica como el prof. Lipschutz. Lo hacemos con un sentimiento de profunda gratitud que es el de todo este país nuestro, su patria, que se siente justamente orgullosa de contarle entre sus hijos ilustres.

HUMANIDAD Y AMERICANISMO DE A. LIPSCHUTZ

por el prof. ALVARO JARA

Del Centro de Investigaciones de Historia de América
de la Universidad de Chile

Podría parecer extraña —para aquellos que no conocen el carácter múltiple de la obra de Lipschutz— la circunstancia de que en un homenaje que se tributa a este indagador de los problemas de la biología, participe con su palabra alguien que trabaja en la reconstrucción del pasado americano.

Digo que parecería extraña, porque realmente —y abandonemos lo dubitativo— no tiene nada de ello.

Me honra sí, de manera muy especial, la misión que me ha sido encomendada de hablar de la vida de un hombre que la ha consumido dentro del laboratorio, pero sin estar encerrado ni cegado por él, hablar de un investigador absolutamente hijo de su tiempo, vuelto hacia su época y hacia la realidad, mirándola lleno de inquietud intelectual, buscando siempre la explicación del hombre, tratando siempre de encontrar las mejores raíces de la humanidad.

Una humanidad que durante los últimos casi cuarenta años ha estado encarnada diariamente para él por el rostro de América.

Imaginemos la llegada a nuestro verde sur en 1926, de este biólogo de barba ya levemente entrecana. Cielo y tierra distintos, hombres americanos. La huella será profunda y definitiva.

Para quien había conocido la dura vida de los campesinos de Europa oriental de comienzos del siglo,

estos campesinos cobrizos de América —desposeídos y marginados de la civilización— habían de herir su espíritu, habían de transformarse en sus hermanos.

Paulatinamente fue aprehendiéndolos, conociéndolos, interiorizándose en sus formas de vida.

Para el hombre de ciencia conocer significa inmediato intento de explicarse lo material. Y la explicación causal conduce a la acción, al deseo de transformar la realidad.

Me pregunto: ¿cómo definir a un hombre en muy pocas palabras? Sin duda es difícil intentarlo. Creo que en Lipschutz una frase breve permite expresarlo y retratarlo: la fuerza del espíritu; o también, otra no más larga: la acción del espíritu. Si condensamos ambas en sólo una, nos acercaremos a la precisión y podremos decir: la fuerza del espíritu en acción.

Le he visto más de una vez escuchar un discurso en lenguas indígenas, cuyo contenido exacto ni él ni yo podíamos comprender. La exaltación de sus ojos y de toda su persona eran un maravilloso complemento de esa presencia de América que llega a ser telúrica y que se capta sin necesidad de las palabras.

Su identificación con lo americano se ha producido naturalmente, como un nacimiento. Sólo alguien que posee un sentido de la humanidad podía devenir a lo americano como un nuevo hijo, como un hijo que hubiese sido engendrado en la misma entraña.

Su militancia indigenista es conocida y respetada en todo el continente. Nunca he encontrado un indigenista —y conozco muchos— que no haya usado el afecto máximo y la reverencia más considerable para preguntarme por él, para maravillarse de su vitalidad, para admirar los rasgos quemantes e inflamados de su afilada pluma.

A poco andar una década de estado en América, sus preocupaciones en torno a los complejos problemas raciales del continente comenzaron a encontrar forma. Su libro *Indoamericanismo y raza india* data de 1937.

En una época en que la humanidad estaba trastornada por la guerra y en que se esgrimía los argumentos racistas en la forma más vilipendiosa, este primer libro se transformó en un arma de lucha contra los racistas. El hombre del laboratorio y del microscopio estaba en la trinchera de las ideas. La segunda edición del libro, ahora *El indoamericanismo y el problema racial en las Américas*, apareció completamente transformado en 1944. Digamos que su análisis estaba centrado en los problemas sociales, los cuales mezclados con aspectos raciales tienden, a su juicio, a crear una visión confusa de la realidad aún dentro de muchas mentes sanas en nuestro propio continente. Lipschutz ha sabido poner una claridad extraordinaria en la explicación social y económica del racismo. Su interés cada vez más directo por los indígenas lo

llevó pocos años más tarde a recorrer como un verdadero expedicionario la Tierra del Fuego. Conquistó verdaderos amigos entre los onas, los yámanas y los alcalufes. Sus *Cuatro conferencias sobre los indios fueguinos* aparecieron en 1950. Cuando analiza las razones de la extinción de los indios fueguinos, sus palabras también son de fuego.

Dos años antes de las *Cuatro conferencias* ya había comenzado a destacar la importancia de los problemas de la tierra en relación con la vida de los grupos indígenas. Artículos suyos publicados en 1948 en México sobre este nuevo tema son el primer antecedente de su obra en 1956, *La comunidad indígena en América y en Chile*. Cada vez más vemos en él una comprensión integral de los problemas americanos, a través de un prisma que es tan propio y tan auténtico del continente, que representa el enlace con el pasado, que forma una parte muy importante del presente y de cuyo futuro Lipschutz se nos aparece como un profeta.

Nos referimos a su artículo, publicado en México en 1953, *El movimiento indigenista y la reestructuración cultural americana*. Proclama allí el porvenir del indio americano. Vendrá el día en que se verá el resurgimiento del aborigen, los estados se organizarán sobre nuevas bases de respeto y convivencia. El indio tendrá un nuevo estatuto, una nueva consideración y una nueva fuerza. Habrá, sin romper los actuales marcos nacionales y geográficos, repúblicas indígenas autónomas integradas federativamente, renacerán las viejas lenguas y los millones de indios que actualmente las hablan, volverán a sentarse a la mesa, volverán a ocupar su antiguo sillón. Terminadas las artificiales tensiones, las antiguas culturas abrirán sus nuevos capullos.

Podría hablar también de su emoción frente a los silenciosos muros pintados de los mayas, frente a Bonampak. Su interpretación de Bonampak, señores y pueblo, dominadores y dominados, revelan una visión penetrante de las sociedades prehispánicas.

El drama demográfico del siglo XVI, el descenso vertical de la población autóctona por efecto de la conquista española, lo ha hecho transformarse por una vez en poeta elegíaco. La relación del oidor de la Real Audiencia de la Nueva España, Alonso de Zorita, le causó tan profunda turbación que una parte de ella la trasladó palabra por palabra, a versos libres, en que la única métrica es la de la congoja y la muerte.

Lo que los ha consumido, expresado en sus versos libres, es la condenación airada —hecha por el testigo coetáneo, y acompasada y solemnizada por Lipschutz— de la agonía indígena, de la agonía y el sufrimiento incomprendido del hombre incorporado a un nuevo

y duro régimen de trabajo, en el que derroche de la mano de obra abundante y barata es la tónica predominante.

Pero el descanso no existe para el investigador. Borrar los ochenta años no significa nada en cuanto a las inquietudes. Hay problemas básicos que explicar. Son los orígenes de América, de la América de hoy, de la América estructurada por la conquista española; sus rasgos han sido demasiado fuertes, conformativos en ancha escala de la realidad colonial y aún de la presente. Su nuevo libro, próximo a aparecer, aborda la caracterización señorial de la conquista, los problemas de la estratificación social creada por ella, los matices y las complejidades del mestizaje y de los choques raciales y sociales, una nueva visión, en gran parte todavía inédita, de la masa vencida y derrotada, anonadada y reducida a dolorosa condición.

La "visión de los vencidos" que nos presenta (este bello título pertenece a un autor mexicano, identificado igualmente con este pasado desconocido y todavía completamente desvelado), es muy amplia. Va de una a otra región de América. El dolor tiene siempre sus particularidades propias. El dolor de Arauco es distinto al dolor del Cuzco, y en Tenochtitlán el sol se pone con una amargura diferente. Este panorama del corte cultural, del tronchamiento de todo un sistema de vida, se lo debemos a este nuevo libro, que, estoy seguro, no es de ninguna manera el último sobre los problemas de América, que escribirá esa mano vigorosa y todavía llena de fuerza.

Si he mencionado tantos libros y artículos y tantas fechas en que ha ido viendo la luz —y la verdad es que no hablo sino de los más decisivos— no ha sido con otro fin que el de hacer resaltar que desde hace más de un cuarto de siglo este biólogo ha repartido sus energías y sus entusiasmos, sus amores y sus inquietudes entre el laboratorio y el mundo americano. Ha buscado los fundamentos de un triste presente indígena en los intersticios del pasado.

En 1930 se publicó en español —después de haber tenido más de veinte ediciones en diversos idiomas—

uno de sus libros de divulgación científica más difundidos, *¿Por qué morimos?* Es la explicación del biólogo. El resto de su vida la ha dedicado el hombre que hay en él a hacernos entender *por qué vivimos* y *para qué vivimos*. Creo que él piensa que es la búsqueda de la verdad, como él la ha buscado y continúa buscándola. Podemos marchar confiados a su lado.

Sabemos que su corazón pertenece a América, aunque también ama a los indios de cualquier otro continente. Le he oído hablar con pasión de una muy reciente experiencia suya —África— y hablar con la misma pasión de cualquier otro lugar de la tierra donde estén sus semejantes y necesiten ellos de la comprensión de los demás hombres, porque la desigualdad y la injusticia le parecen intolerables.

Sabemos que su corazón pertenece a América porque es aquí donde él verdaderamente encontró la humanidad. Es esta humanidad americana la que ha recibido lo mejor de sus frutos y la que le debe también lo mejor de sus agradecimientos.

Querido amigo profesor Lipschutz, gracias por su vida tan limpia y llena de ejemplos. Estamos orgullosos del camino que ha sabido recorrer. Congratulamos sus ochenta años. Congratulamos también, ¿cómo podríamos olvidarla?, a la dulce compañera de medio siglo, a la que ha hecho posible calladamente tanto florecer. Su nombre de flor ha hecho fructificar la planta.

Nuestro afecto, el de sus amigos, el de sus colaboradores, el de sus discípulos, el de tanta gente que le conoce y el de tanta gente que no le conoce personalmente, que no ha estrechado su mano, pero que sabe de su vida, nuestro afecto repito, es la forma de nuestro agradecimiento por ella.

Nuestro deseo es que su blanca y nevada sabiduría se conserve con esa su permanente juventud, que su ardor prosiga redoblado, que su cálida palabra —libro o sonido— continúe alzándose y vibrando, que su rostro permanezca muchos años más como símbolo auténtico del espíritu y de la fuerza del pensamiento.